

ARTE E IDEAS *

LA
CRUZ
DEL
SUR

* Montevideo

MAISON BLEUE

MODAS



SOMBREROS DE
ALTA NOVEDAD
Y DE GRAN MODA

BARTOLOMÉ MITRE, 1420.

MONTEVIDEO.



CARLOS OTT

25 DE MAYO, 509
MONTEVIDEO

LA CRUZ DEL SUR

* REVISTA QUINCENAL DE ARTE E IDEAS *

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

U
R
U
G
U
A
Y

O
L
Í
M
P
Í
C
O

Nosotros, artistas de la palabra, de la línea, de la forma, del pensamiento, queremos adherirnos al júbilo provocado por el triunfo de nuestra «team» de «football» en las Olimpiadas mundiales de París. Adivinamos más de una sonrisa de parte de los que todavía, en pleno siglo XX, alimentan el flojo prejuicio de la oposición entre las actividades de orden intelectual y las de orden físico, como si la Vida no fuera una, y como si las distintas fases de la personalidad humana no se equilibraran armoniosamente en el Ser perfecto. Hijos de nuestra centuria nada nos puede ser indiferente, y menos aún cuando como en este caso se trata de algo que contribuye al logro de la belleza corporal por medio del cultivo del ritmo dinámico desarrollado en el espacio. De ahí grandes y fuertes inspiraciones para el Arte. Desdeñar el triunfo obtenido en una justa mundial en la que se presentan a disputar el trofeo olímpico hombres de todas las latitudes, además de ser injusto sería pueril. No precisamos esgrimir para nuestra justificación el cliché griego del: «Mens sano in corpore sano», ya que las realidades que tienen valor por sí mismas no necesitan del auxilio de la historia ni el de la literatura. Aunque los griegos, — que tuvieron una noción tan amplia de la Vida, — no nos apoyaran a través del tiempo, no por eso nuestra convicción sería menor, ni nuestra verdad menos resplandeciente. El Arte tiende cada día más a buscar su fuente de inspiración en la simplicidad, en la salud de los seres, en el ritmo natural de las cosas. Un hombre bello es y será siempre un espléndido modelo, salvo ante una mente enferma o desviada. Y el «sport» es el gran medio de que disponemos no sólo para aumentar nuestra salud y nuestra fuerza, sino para poner nuestros cuerpos en contacto con la Naturaleza, afinarlos y pulirlos para la bella fiesta de la Vida que no tiene piedad para los incompletos, para los decadentes y para los feos!

Por ello nos alegramos de que nuestros atletas hayan triunfado. Un triunfo siempre es bello. Imaginemos el instante, en Colombes, cuando terminado el último partido nuestros once jugadores recibían en veinte idiomas las aclamaciones de una muchedumbre vibrante y maravillada! Pero ni siquiera hay que ir hasta allá. ¿Quién no recordará lo que fué Montevideo la tarde y la noche del mismo día? ¿Quién no se habrá sentido penetrado de la gran belleza del espectáculo que el júbilo ruidoso y espontáneo de nuestro pueblo ofreció a las pupilas que saben ver? ¿Por qué no ha de ser Arte eso, ese estremecimiento potente y formidable de la masa delirante que deja brotar en sonoras exclamaciones toda la intensidad de su emoción incontenible? ¡Banderas, banderas, flotando sobre la gran corriente oscura y violenta encauzada en el canal de las calles, asordadas por los estallidos secos de los cohetes, y el largo y penetrante grito de las sirenas! ¡Banderas alegres, bajo el gran Sol alegre, agitadas por la caricia brutal del viento que les hace y deshace pliegues efímeros que encubren formas invisibles! El gran rumor, musical ronquido, que asciende de las gargantas congestionadas, y las manos unánimes que se abren como estrellas blancas sobre el limo cálido y lento en marcha! Gran fiesta de luz, de notas, de número; minuto de demencia en que la Vida tiene un latido vertiginoso. Alegría, alegría, piruetas de muchachos sobre el asfalto; mujeres sonrientes; bocinas de automóviles. Caos. El hombre enloquecido aclamando con su gran voz al hombre; al otro hombre que está allá tan lejos, del otro lado del gran mar y que seguramente se oye llamar desde las palpitaciones de su corazón que como una antena profunda y sutil recoge la onda de simpatía que hacia él va. ¿Quién resiste, artistas de verdad, no de literatura?

U
R
U
G
U
A
Y

O
L
Í
M
P
Í
C
O



A Zavala Muniz, autor bien conocido de «Crónica de Muniz», correspondió nuestra visita esta vez. Lo encontramos, como siempre, amable y bien dispuesto al interrogatorio a que lo sometimos.

—¿Se mantiene conforme con la realización de su obra anterior o, al contrario, tiene ahora otro sentido de las cosas sobre que obra?

—Mi «Crónica de Muniz» quiso ser, como lo decía entonces en su carta prólogo, además de un canto al héroe de mi raza, la expresión del medio social de aquellos tiempos. Tales fueron mis propósitos, y aún cuando pudieran señalarse y convencerse algunas fallas, exclusivamente en el sentido estético, yo continuaría satisfecho de mi obra seguro de que no podría realizarla mejor. ¿La razón de esto? Sería, el exponerlo, hacer crítica de mi obra y eso, de seguro, ni le interesará a usted, ni es a mí a quien corresponde hacerlo.

—¿Como entiende usted que debe realizarse la novela nativa?

—Creo que en la novela, como en cualquier otro aspecto del arte, a parte de principios generales de estética, cada artista debe tener su «modo» de crear, ya que la obra no será otra cosa que la expresión de la vida a través de su espíritu. Por mi parte, procedo siempre de acuerdo con mi creencia de que en la amorosa y atenta observación de nuestra sociedad y nuestro paisaje, hallará el artista la más bella e inagotable fuente de sus obras. ¿Que cómo debe «hacerse» la novela nativa? ¿Acaso podemos decir que hay un límite para la sensibilidad y la imaginación de los hombres? De mí sé decirle que en las crónicas oídas en las tranquilas veladas familiares de mi pueblo, de las narraciones dichas en los dilatados crepúsculos del campo, como de las charlas a lo largo de los ca-

minos de mi tierra, con que nos acompañamos con algún paisano que sigue nuestro rumbo y quiere hacer menos vacía la distancia de su viaje, he aprendido la historia de mis hombres, que luego vienen a mi imaginación con sus dolores, sus luchas, con el ardor trágico de sus horas de inestabilidad en la soledad de los campos en que se pierden sin eco el bien y el mal que nos hacemos, y con la alegría de sus mañanas de trabajo.

Es la sociedad que conozco, y así como un paisano puede evocar en su memoria, el árbol, la casa de media agua, el sendero del bañado o el paso en el arroyo que señalan el trayecto del camino de su pago; así como son para él familiares los paisajes en que vió desde niño levantarse y ponerse los soles, son para mí familiares y por lo mismo fáciles para la comprensión, las vidas de los hombres de Cerro Largo, en cuya soledad lejana hemos vivido como en el seno de una gran familia desde los días de nuestros abuelos, hasta estos últimos en que el ferrocarril nos unió a la vida diversa del mundo. Por fuerza, pues, mi obra ha de ser la historia de esas familias; por lo demás, igual a la de toda la campaña del país.

—¿Qué prepara en estos momentos?

—Deseoso de dar en algo esa vida de que acabo de hablarle, termino ahora una novela de campo que llamaré «Crónicas de la Reja». Adolfo Pastor, espíritu lleno de sensibilidad y de sobria elegancia, ha de ilustrarla bellamente. Así que esté editada esa novela, continuaré la «Crónica de un Gran Pueblo», que será la historia íntima de Melo.

—¿Qué le parece el movimiento artístico nativo, criollo, que se está produciendo actualmente no sólo aquí, sino en toda América?

—Consecuente con mi modo de ver, tengo fe en los resultados fecundos de esa actitud de nuestros artistas. En nuestro país, sin embargo, debemos defendernos de inocentes exageraciones, que no sólo en el campo está la expresión de nuestro medio social, ni todo es «gauchismo» senti-

mental y bravo. No debemos incurrir en el error de creer que tan sólo con citar un árbol, o algún accidente de la vida campesina, ya estamos haciendo arte nacional. Creo que en nuestras ciudades y pueblos hay aún inexplorados temas para la obra de un gran novelista o un gran poeta.

DE «CRÓNICAS DE LA REJA» (NOVELA)

El invierno, sacando de su cauce a los ríos del contorno, quitaba al camino Nacional junto al que se levantaba la Azotea de Don Zenón, su habitual alegría. Apenas si de la Cuchilla Grande se veían adelantar bajo las cerradas garúas a los peones de las estancias en busca de surtido, y con muchos días de interrupción llegaba la diligencia cubierta del barro que había chapoteado durante todo el camino.

Bajo aquel constante gris del cielo que parecía apoyarse pesadamente en las curvas de las próximas cuchillas, sólo el pampero iba por los caminos de los que ahuyentó con su frío a los gauchos y desaparecieron las carretas aguardando a la primavera, mientras en los corrales de los pueblos, servían de abrigo a las gallinas los coches de las quitanderas que en oficio de alcahuetería esperaban en los arrabales el tiempo del estío en que los campos poblábanse con la alegría de las reuniones gauchas.

Asediados por la lluvia, viendo desde la reja el mismo y breve paisaje, los pobladores de la Azotea compensaban con el calor de una afectuosa intimidad, la desolación del ambiente que les rodeaba.

En tanto que Don Manuel dejaba la atención de la pulpería al cuidado de Ricardo, para estarle junto al fogón donde la morena Liberata alternaba sus quehaceres con las caricias ofrecidas ruidosamente al amante gallego, el joven y Don Zenón, sentados detrás de la reja, recordaban crónicas lugareñas o hacían propósitos de porvenir, hasta que la noche comenzaba a hacerse en la tienda.

Así iban los días ordinarios, vacíos y monótonos frente a la reja, compensados sólo para Ricardo por la amistad de Don Zenón y las veladas junto a la mesa sobre la cual extendíanse los enseres de las labores de Doña Lolita, hasta que al llegar las mañanas del domingo, comenzaban a agruparse en la reja los gauchos que, a despecho del pampero cargado de garúas, iban a reunirse protegidos bajo el arco de la pulpería.

Fran siempre los mismos; idéntico el asunto de las conversaciones, como si gustaran repetirse lo que era de todos sabido, e igual la actitud de reserva huraña de unos hacia los otros, como si a pesar de aquella amistad, fuera por debajo de la cordialidad del ambiente, un viejo rencor que a cada instante podría llevar la mano a los puñales.

Bastaban una guitarra, un naipe, unos cuantos vasos de ginebra o vino «duro» y unas galletas numancias, para conformar a aquella reunión de hombres sobrios y desocupados que pasábanse el día junto a la reja, mientras en los contornos de la pulpería relinchaban en las sogas los caballos extrañando la querencia y sobre el tejado caía, incesante, la lluvia.

Sentados junto al mostrador alineábanse Ricardo, Don Zenón y el Comandante González, frente a los que en la parte de fuera jugaban a las cartas o escuchaban a los payadores.

En rueda de valientes y de otros que simulaban serlo, el Comandante González, hombre leal y bondadoso, estaba siempre dispuesto a salir en defensa de Ricardo cuya rectitud de espíritu y ánimo

resuelto habían conquistado desde el primer momento la adhesión simpática de aquel guerrero fuerte e ingenuo a un tiempo mismo.

Formaban en la rueda, Candinio Viraré, gauchito de «pa dentro», recién llegado a la comarca y al que se atribuían legendarias e imprecisas hazañas de coraje. Alto, fornido, de enmarañada y renegrida barba, tenía en los ojos una mirada aviesa en armonía con su hablar siempre oscuro, como si guardase para sí la última intención de sus palabras. El «Tuerto Narzo», cuyos desplantes de hombre de coraje lo hacían ridículo en aquella rueda en que era de todos conocida su cobardía. Zacarías Peñaflo, gauchito de buen coraje según las crónicas lugareñas; cortés en la palabra y desenvuelto en el ademán, a cuya destreza en las domas como la sencilla arrogancia de su silueta delgada con la rubia melena acariciando el sedoso pañuelo, atribuían los del pago el favor que gozaba entre las criollas de Tacuarí. Isabelino Quiroga, Timoteo Centurión y Lorenzo Rivero, criollos del mismo pago; sobrios en el hablar; graves en la actitud, eran, bajo sus gruesos ponchos de invierno y con sus rasgos firmes y severos, los tres por igual, el tipo del gauchito valiente y humilde, que mostraban aquellas duras miradas sobre las barbas negras y espesas, el tosco ademán de sus manos y la arrogancia de sus cuerpos fortalecidos en la ruda vida de los campos.

Juntos hacían los domingos el camino de la pulpería, para estar en silencio oyendo las narraciones y los cantos de los payadores, sin buscar ni rehuir la pendencia, y volver luego a sus ranchos que formaban círculo en torno de la estancia del caudillo, como si en las noches de paz velaran el sueño de Marcos Ramírez aquellos tres extraños gauchos que en la guerra mostraban sus siluetas vigorosas en la escolta que comandaba Bernabé.

Viéndoles de pie junto a la reja, Quiroga, Centurión y Rivero, más que hombres de paz, semejaban guerreros gauchos descansando de una larga jornada en la rueda de la pulpería, en espera del ejército al cual se adelantaron en busca de enemigos.

Singular en la rueda, Patricio, como todos los gauchos, creía en el valor; pero desde el día en que desertó de las columnas revolucionarias de Timoteo, fingiéndose loco, se dedicó a ponderar el valor con el homenaje de su admiración ofrecido a Marcos Ramírez, y hablando con cuidado respecto a los bravos de la reja. De las virtudes gauchas, él había escogido para sí aquella que amoldábase en mejor modo a la debilidad de su carácter enemigo de todo riesgo.

¿Cómo no sentirse expuesto a las burlas sangrientas de los gauchos, si era de todos sabida su cobardía; si nadie le vió jamás montar un potro y huyó siempre del peligro en los días de la guerra como en las rudas labores campesinas? Y Patricio, sin hazaña suya para lucir su recuerdo en la rueda de la pulpería, se hizo payador. Se decía que un correntino de paso hacia largos años por su rancho, le había enseñado el secreto sentido de la décima de Jauricaragua; desde entonces, el inocente Patricio tuvo su virtud y su décima.

Con los ojos pequeños y vivaces; su hablar pintoresco y bullicioso, Patricio había encanecido en las lomas de sus campos y en las rejas de las pulperías, cantando siempre con inocente orgullo de que nadie acertara a traducir su sentido, la décima de Jauricaragua.

Era infaltable los domingos a la Azotea, y cuando en la pulpería aburríanse de oír el extenso recitado del «Pardo Gil» acerca de las desventuras del Buey y el Caballo, Patricio, después de vivas instancias que bastaban a su orgullo, apoyaba en sus rodillas la guitarra, echaba hacia atrás el busto y, puestos los ojos en el arco de la reja, comenzaba, ante el silencio de aplauso de los otros, aquella décima que constituía todo su caudal de payador. Con gesto del más simple arroboamiento, el cantor modulaba su incomprensible décima, a cuyo final los gauchos respondían los mismos comentarios por aquel habilidoso embrollo de palabras. Y entonces Patricio, colmado de dicha, empujaba un vaso de ginebra y pasaba, con ademán de triunfo, la guitarra al «Pardo Gil».

Con su barba en cruz; los grandes ojos negros a los cuales se esforzaba por dar fiera expresión; su hablar grave y sentencioso y el alarde de desprecio con que comentaba cualquier hazaña de valor que se contara en la reja, el «Pardo Gil» había llegado a la pulpería un atardecer de estío, colgada a la espalda su guitarra en la cual decorábase una cinta celeste como signo de su fidelidad amorosa, y el trabuco luciendo por debajo del poncho.

Misterioso; mostrando grave respeto por los que se hallaban en la rueda; arrogante y contenido en la palabra, Gil fué recibido con honda curiosidad por los parroquianos de la pulpería cuando por vez primera allí detuvo su caballo. Respondió con severa cortesía a las preguntas de Don Zenón acerca de su vida; aludió vagamente a su pago lejano, y dejó flotando en sus palabras como un pudoroso deseo de ocultar el trágico motivo de su viaje.

Tenía en su cuerpo los signos todos de un valiente, y fácil fué lograr el ajeno respeto, al gaucho que en la medida de su voz y sus palabras, de tal modo comenzaba por respetarse a sí mismo.

Aquella tarde de invierno, mientras iban sobre las lomas las garúas, el «Pardo Gil», grave la actitud, ceñudo el gesto, hacía ya largo rato que templaba las cuerdas de su guitarra, en medio de la rueda habitual de los paisanos.

Como siempre, entre grandes bocanadas de humo de su enorme cigarro de chala, había anunciado al cojer la guitarra:

Señores voy a contar,
Si escuchan como es de ley,
Lo que en su modo de hablar
Le dijo el caballo al güey.

Aunque era por demás conocido aquel diálogo versificado ingenuamente, que a la puerta del corral sostuvieron al volver transidos del trabajo el caballo y el buey de un labriego, acerca de las desventuras de su suerte, los de la reja prestaron atento oído al payador. Pero, sea que sus dedos entumecidos de frío se hubieran vuelto incapaces de templar la prima, o porque al músico le pluguiese la respetuosa atención con que esperaban sus palabras, lo cierto es que iban ya dos primas que reventaban sobre la guitarra, cuando al romperse la tercera, el «Pardo Gil» con voz de hondo enojo, se dirigió a Ricardo:

—Diga, pulpero: ¿Usted quiere rairse de la gente con estas primas fayutas?

—Las primas son de las mejores y no es mía la culpa si usted no sabe tocar.

No se esperaba de seguro el payador aquella réplica, a juzgar por el gesto de asombro con que la escuchó. Pero repuesto pronto y con intención de mostrar al joven su osadía al ser el primero en desafiar su coraje, el «Pardo Gil» dejó sobre el banco de piedra la guitarra y con voz bronca y solemne, dijo:

—No he conocido al varón que le responda a este gaucho, y a usted, cajetilla, si le gusta, puede dir saliendo...

En verdad, medirse con un hombre como Gil, altivo y fuerte, rodeado de un prestigio de valiente que nadie discutía, era empresa harto arriesgada para el joven pulpero que no contaba con otra arma que una imperfecta pistola.

Pero sea que desde un principio Ricardo guardase un secreto rencor contra aquel gaucho altanero que no evitara nunca hablarle con visible menosprecio; o sea que creyó indigno no aceptar el reto audaz delante de sus amigos de la reja que lo miraban como interrogándole, lo cierto es que Ricardo no atendió al ofrecimiento del Comandante González de salir en su defensa, y se encaminó, pistola en mano, hacia la puerta del camino.

De pié, quitado el poncho, el puñal en la mano, el «Pardo Gil» esperaba bajo la lluvia a Ricardo, cuando éste dobló la esquina del edificio y se dirigió al centro del círculo que formaban los otros. El «Tuerto Narzo» y Patricio se hicieron a un lado prudentemente, en tanto Quiroga, Rivero y Centurión, se alineaban junto a la pared de la reja, con los ojos puestos en el rostro del joven como si quisieran penetrar el estado de su ánimo en el grave trance que corría.

Agitada la melena por el pampero con lluvia, Gil se mostraba imponente en su aspecto, a los ojos de Ricardo, cuando éste con serena resolución, adelantó hacia el descampado en que el otro le esperaba, dejando a su espalda a Candinio Viraré que sonreía con ambigua expresión al «Pardo Gil».

Temeroso por la suerte de su amigo, Don Zenón le seguía, e intentando volver la paz a los espíritus, dijo:

—Amigazo, no es la cosa como pa que se maten dos hombres.

Pero, casi a un tiempo mismo, replicaron Viraré y González.

Dijo el uno:

—Vamo a ver como se porta el pulperito.

Replicó el otro:

—Pa mí que ese pardo tiene flojas las tabas.

Gil sintió cruelmente en sus oídos la afrenta; pero permaneció en silencio, puestos los ojos en los del joven que avanzaba sin decir palabra.

Ya estaba Ricardo cerca suyo, y nadie de los de la reja había dado un paso más, pretendiendo evitar la pendencia.

Un pensamiento de tragedia tenía en suspenso a todos los espíritus al ver frente al gaucho de arrogante audacia, al joven que, sin jactancia y sin miedo, le apuntaba con su pistola.

Gil sentía sobre sí las miradas interrogantes de los otros; se agolpaban en su frente los recuerdos de las repetidas veces en que hizo alarde de su coraje en presencia de aquel pulperito pueblerino, y una angustia torturante iba invadiendo su espíritu, mientras sus ojos atónitos estaban puestos en la pistola con que una mano segura apuntaba a su pecho.

De los dos, era él quien debía comenzar la lucha; así se lo imponía la defensa de su fama y la audacia con que insultó al joven, seguro de humillarle; pero en sus manos sintió aflojarse el mango de su puñal bajo la mirada ardiente de Ricardo cuyos labios se contraían con firme resolución.

Y ante el silencio que zumbaba en sus oídos, el misterioso payador debatíase angustiosamente por levantar del fondo de sí mismo un impulso de coraje, cuando el joven dió un paso hacia él, y le increpó:

—Si sos tan malo, ¿por qué no pegás?

El pecho de Ricardo estaba al alcance de su puñal; en la mirada de todos había la misma ansiedad por lo que iba a ocurrir.

—¡Aura Gil! gritó Candinio Viraré.

Pero de los ojos de Gil se habían borrado to-

das las visiones, para ver solamente el cañón del arma de Ricardo.

Un paso más y, ante el asombro de todos, la mano del pulpero asia bruscamente el puñal del payador, y con gesto de desprecio lo lanzaba, sin decir palabra, lejos de sí.

Gil permaneció atónito ante aquella afrenta, mirando sin poder precisar lo que pasaba delante suyo, cuando le llegó a los oídos la carcajada jovial del Comandante González, y sus palabras:

—¡Oigalé el duro! ¡Se disgració como gallo dormido...!

Y el eco de las otras risas cayó cruelmente sobre sus hombros. Agobiado de vergüenza; desnudo ya el gesto de la antigua altivez con que cubría su fama, el «Pardo Gil» dió la espalda a Ricardo y fué en busca de su puñal sin volver la cabeza hacia aquella reja junto a la cual se había hecho una cruel claridad sobre su alma, cuya cobardía tornábase entonces visible a los ojos de todos.

Montaba ya para marcharse, olvidado de su guitarra y su poncho, cuando Patricio, su adversario en las payadas y a quien él siempre despreció su décima de Jauricaragua porque sabía que el infeliz no podría defenderla de sus burlas con el puñal, corrió hacia él y le entregó, con gesto de piadoso cariño, las prendas.

Ya trotaba el vencido payador sobre el camino enlodado, cuando el «Tuerto Narzo» aún le hirió con crueldad cobarde en su humillado orgullo:

—Adiosito, amigo Gil. ¿Va tan despacio ese gallo, que ni se despide?

Gil, terciada a la espalda la guitarra sobre la cual golpeaba sonoramente la lluvia, galopó en silencio hasta perderse detrás de las cortinas tendidas por las garúas en el camino.

Ricardo guardó su pistola y volvió a la rueda de la reja, en donde se comentaba con estupor el arrojo suyo y la cobardía del «Pardo Gil» de cuyo valor nadie hasta entonces dudara.

Al extender su vaso para que de nuevo el joven le colmara de ginebra, Lorenzo Rivero díjole cordialmente:

—Más ginebra, pulpero, qu'es mano de guapo la que sirve.

—No es que yo sea guapo, Rivero, sino que Gil resultó un maula.

—Ansina es; asintió Timoteo Centurión. No se compriende el cómo el amigo Gil, sabiendo que no aguantaba el tirón se quiso jugar la fama con este mozo.

—Por eso mesmo, — ¡qué canejol! — lo vió pueblerino y se aburría ya de tener fama y no probarla. En la rueda le pareció el más flojo Ricardo, y por eso quiso como comprarle los vicios.

—Ta bien, Comandante; pero la verdad es que se topó con el horcón del medio, dijo Quiroga.

—El hombre no era malo, opinó Patricio. Pero ¿pa qué le habrá dao por hacerse el corajudo en esta ocasión? ¡Y era un güen cantor!

Centurión echóse hacia atrás el poncho, cojió la guitarra, y como terminando el comentario, dijo:

—Deme otra copa, pulpero... ¡Qué diantes con Don Gil...!

—Al «Pardo Gil» naides, hasta aura, le había llamado a que mostrase el coraje; pero el hombre andaría con el alma atravesada, y pareciéndole la ocasión güena pa una hazaña, quiso asustar al amigo Ricardo. Pero pa su disgracia, le pasó lo del sapo: cuando dijo ¡erré!, ya era tarde.

Deseoso de desviar la conversación de su persona, Ricardo pidió, con el aplauso de los otros, a Don Zenón, que explicase el sentido de sus últimas palabras, a lo que accedió el bondadoso anciano, comenzando de este modo:

—Aquellos días habían sido días de un temporal más fiero qu'este de aura. No había zanja que no fuera un arroyo, arroyo que no juese río y ba-

ñao que no pareciera un mar. Por cualquier lao que usted mirase, todo era, un blanquear de agua, como si las nubes se hubiesen deshecho todas en aquel pago y no hubieran dejao más qu'el caminito de la cuchilla. Los animales que maliciaron dende un principio lo qu'iba a pasar, juyeron pa las alturas y allí estaban amontonaos los caballos con los ñanduces, las vacas con las zorras y los venaos...

Ocurrió que las ranas que se habían pasao cantando contentas cuando comenzó el aguacero, se hallaron de golpe con que las zanjias salían campo a fuera y allí nomás se iban a ahugar todas o morir duras con la helada. Así jué que salieron campando hasta dar con una cuchillita, aonde hicieron campamento, contentas de aquel seco que se habían agenciado pa mientras bajase la creciente.

Pero aconteció que una mañana de sol, vieron que una carreta venia viniendo cargada hasta el techo, rumbo a la cuchilla en que estaban. Carcularon los sapos qu'el hombre los iba a echar de aquel terrenito seco, y comenzaron a envitar pa largarse al agua. Mas ahí jué el llorar de las ranitas y el rezongar de los escuerzos.

Hicieron una reunión pa ver el modo de salvarse, y un sapo propuso:

—¿Y si juéramo y le dijésemo al carrero que se ladee un poco p'al costao y nos deje tranquilos?

Al oírlo, las gargantas de los sapos se sacudieron a carcajadas.

—¡Gué...! ¿Aonde viste, sapito, que un carrero se ladee pa dar paso a naides? ¿Habrá bicho más emperao que un carrero?

El sapito se largó al agua avergonzado de su inocencia, y las ranas volvian a llorar viendo que había que juir pal frío de las zanjias. Un escuerzo que estaba en la reunión, pegó el grito y dijo:

—Ta bien; naides se mueva que yo ví'a parar la carreta.

—¡Bárbaro, mirá que te va aplastar! ¿No ves que viene muy cargada?, le decían los sapos. Pero las ranas, contentas, le gritaban:

—Vaya, don Escuerzo, usted qu'es el más corajudo, y ladee la carreta.

Ta claro que el viejo no necesitó más pa hacerse de coraje, y carculando por aonde pasaria la carreta, clavó las patas en el suelo, hinchó la panza y esperó con el lomo arqueado y saltándole los ojos.

Las patas del primer güey le anduvieron raspan-do, cuando las ranas le gritaron:

—Aura, don Escuerzo; hínche el lomo y ya está. Los sapos repitieron despacio y convencidos:

—Abrite, Escuerzo, mirá que te revientan...

Pero él, hinchao de coraje, contestó: —

—Apriendan, maulas, a volcar carretas.

El guapo taba tan contento de ver la hazaña que hacía, que ni pensaba en la carreta, cuando en un redépente un pedazo de barro le chicoteó el lomo y le hizo cerrar los ojos.

Ya habían pasao los güeyes, cuando una ranita le gritó asustada:

—¡Dispare, Don Escuerzo!

Pero él se quedó hinchao hasta que, al caír la rueda, dijo muy despacio:

—Erré...

Y le saltaron las tripas.

La fábula de Don Zenón, cuyo sentido humano advirtieron los de la rueda, les hizo olvidar al «Pardo Gil» y su charla desvióse hacia cuentos populares, hasta que en la reja comenzó a hacerse la noche, y los parroquianos se alejaban por el camino fangoso bajo el azote de las garúas que el pampero tendía sobre los campos.

Justino ZAVALA MUNIZ.

L O S T A L A S

Con jugo de los cerros crean hojas y espigas;
 ¡son más talas que otros estos talas de Minas!
 Hundiendo sus raíces tenaces y porfiadas
 como vivientes cuñas apasionadas
 del labio de la piedra—dura y mísera estopa—
 levantan el milagro caliente de su copa.
 En la cumbre acerada,
 viejo torreón del águila caudal,
 allí
 donde el marrón arrancaría voz de metal
 ponen ellos las gracias de sus melenas rudas:
 tal el alma de Cristo sobre el alma de Judas.
 Laten sobre la cumbre de dureza de acero
 y me asombro en su vida como me asombraría
 si al yunque de un herrero
 un trébol de los valles viese arraigado un día.
 Salud, amigos trágicos ¡si tendréis amargura!
 desde vuestras cumbres mirando la llanura
 donde sobra a los árboles linfa, tierra y ternura.
 ¡Oh, talas de mis cerros! que para ser felices
 tenéis sol en la copa
 y piedra

¡tan solo piedra en las raíces!

VALERIANO MAGRI

CASITA EN LOS CAMPOS

La casa, y solo al lado un árbol...!
 Despunta el día y sale un hombre
 trabajador, el campo andando
 mientras la casa, atrás, se esconde...

El sol crecido, una viejita
 sale (pobre), y al sol se pone;
 ¡es la viejita de la casa...
 que de tan vieja nada come!...

El leñador corta en los montes...
 Si se grita, ni llega el nombre...!
 El leñador, — cargado — vuelve
 todos los días, casi de noche.

ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS

LA EXPOSICION DE MANUEL ROSE



MANUEL ROSÉ



EL VIEJO MOLINO

AGUA Y PIEDRA

Para Carlos Roaríguez Pintos

Por el largo camino donde el polvo galopa
Y se revuelca el viento igual que un potro nuevo,
Va lenta y mugidora, muerta de sed la tropa,
Bajo el sol de este rojo mediodía de Enero.

¡Ni un gajo de gramilla verde, curvo y jugoso!
¡Ni una cinta de agua generosa y alegre!
En las testas boyunas un ensueño imperioso,
Por vez primera acaso, cual un moscón se prende:

Es la selva sombría y es el río profundo,
Y es el pasto tan muelle que se hunden las patas,
Tal como si la costra polvorienta del mundo
Se cubriera de pronto con las hierbas más altas.

Por el aire de fuego pasa un hálito fresco.
Un buey se para atónito como si la esperanza
Con su dedo invisible, por el belfo reseco
Le pasara un dulzor fugitivo de agua.

Mas silba el arriador sobre el flanco huesudo.
La tropa miserable sigue al tranco, sedienta,
Y el ensueño imposible, bajo el frontal boyuno,
Zumba cual una avispa presa en la cornamenta.

JUANA DE IBARBOUROU

He de cantar al árbol que echa raíces hondas
y da jugosa savia, y en verano da sombra.
Entre sus ramas altas los pájaros anidan
y para el hombre el árbol es siempre una sombrilla.
El arroyo que corre y salta como un gamo
por las verdes praderas o los pelados llanos
es bello porque tiene la sombra de los árboles
y por eso, Dios puso, decorador
al lado de un arroyo una fila de sauces.
¡Oh! verde, verde fuerte de los árboles finos
que el viento los cimbreaba y se doblan lo mismo
que frágiles cinturas de bailarinas griegas,
y verde de los frescos eucaliptos gigantes
que resisten serenos los recios vendavales,
árboles que no temen la zafia destructora
de las fuerzas oscuras de la naturaleza
y el destino de ellos es luchar con el viento
y el viento entre las hojas suena como una caja
de músicas wagnerianas.
Del hombre primitivo fué el primer compañero,
cuando el frío hizo temblar sus carnes ateridas
vió su tronco con jugos y savias nutritivas
y de un potente hachazo lo cortó en dos pedazos
y lo quemó en las cuatro paredes de su choza.
Saltaba el fuego en medio de las astillas rotas
y las ligeras chispas subían hacia el cielo
y caían ya blancas en el piso de barro.
Con el tronco hizo camas, hizo mesas y bancos
y decoró su casa un poco toscamente
y más tarde vinieron hombres más laboriosos
que con su carne hicieron los más lujosos muebles.
¡Cómo no han de cantarte los poetas del mundo
si estás en todas partes y de ti se hacen puentes
para cruzar arroyos, y se fabrican barcos
que han de surcar los mares desde Oriente a Occidente,
y en las casas del mundo, en todos los rincones
hay pedazos de árbol: la casa es una selva,
pero el hombre es tan malo que va talando árboles
y despojando al mundo de sus troncos fecundos
y donde saca un árbol no vuelve a plantar otro.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

Nuestros ojos desmienten a cada instante las verdades que supuso eternas nuestro orgullo: las paralelas se besan en nuestro horizonte y la magnitud de las cosas reduce, por función de lejania, al punto, símbolo de abstracción de toda cantidad. Se torna juego lo más serio: desde la cumbre, la ciudad es un caprichoso rompecabezas cuyos pequeños cubos tendrá que orientar nuestra imaginación para recomponer la urbe, fenómeno el más grave y profundo de nuestros tiempos. El camino está abierto ante nosotros; pero se cierra muy por delante como muy por detrás de nosotros.

Y si nuestra representación luminosa y concreta del mundo palpita entre los cánones de nuestra perspectiva visual, todo pensamiento y todo sentir están igualmente afectados por un coeficiente personal que reduce toda representación intelectual y toda emoción a un conjunto escalonado de planos cuyo orden trastorna cada conciencia como a un ligero temblor de kalidoscopio cambia la simetría y el contraste cromático de las maravillosas estrellas, que, para encantamiento de infantil curiosidad, recomponen la magia de los espejos y la travesura de unas vitreas chispitas de colores.

Tú, Matemático, todo lo piensas en número, y el número es la primera realidad para ti porque tu misma realidad es número: no en vano has vivido en atención sobre guarismos y has jugado toda la vida con ecuaciones, entre raíces y exponentes y logaritmos!... Sí, Astrónomo, lo sabemos: nuestra Tierra es un planeta; pero no lo vivimos. Saber no es siempre vivir. Tú, en cambio, vives la realidad de nuestro esclavo del Sol, tú que te has puesto en plática con los soles y con las estrellas.

Y he aquí como se desvanece el Mundo en un primer plano de palabras para el Gramático, y también para el Metafísico de Antaño, que no era más que un gramático elevado a la segunda potencia por obra y gracia de la abstracción: «Y al principio era el Verbo»....

Imágenes, nada más que imágenes. Oh, Poeta amigo, ¡imágenes! Si; porque las imágenes son la verdad que está más cerca de tu corazón, como el tiempo es tu primera gran realidad. ¡Oh!, Músico que tratas de aprisionar el puro devenir entre las gambas bien abiertas de tus compases, en la red seductora de tu sistema de notas, con la afiebrada inquietud de tus dedos sobre el fácil teclado que tiembla armonías a tu angustia.

No hay, en verdad, un Mundo. Mi subjetivismo, y el tuyo, y el de cada uno, es un centro. Estamos en el corazón de sendas esferas. Impenetrabilidad de centros. Incomprensión de perspectivas. Límites. Horizontes. Abismos... La ciencia positiva es un formidable esfuerzo hacia nuestra comunidad espiritual en el seno de la objetividad fijada, universalizada en la eterna necesidad de una ley causal. Las artes plásticas piden a la emoción y a la inquietud comunes un abrazo en la superación. La literatura determina en la materialidad del símbolo, hijo de la convención, punto de partida de otros acuerdos progresivos como hondas concéntricas, un acercamiento de espíritus, una simpatía en los sentimientos, una interferencia de perspectivas mentales. Y en la vida social, emergiendo del choque de todos los orgullos y de la pululación de todos los intereses encontrados, surge la ley positiva, común denominador de cada una de nuestras «justicias» personales. La sociedad es así posible; pero debe ser primero Estado, fuerza coercitiva: o la ley se impone, o no es. La solidaridad se afirma y progresa cada día, pero aún no somos plenitud de solidaridad. El espíritu sagaz del utilitarismo postuló una armonía profunda de nuestras perspectivas morales. Prestó al discurrir de intereses la lógica del intelecto. Pero los intereses quedaron fuera porque tienen su lógica basada en un principio bien extraño al de identidad. Kant dió a la ética la uniformidad y rigidez de una ley natural; y así pudo ser universal y eterna la máxima de nuestras acciones; pero la máxima tan solo, porque nuestras acciones siguieron floreciendo en los planos de diversidad y oposición de nuestras perspectivas. En verdad, Kant había rechazado el sentimiento y la humanidad seguía palpitando al margen del sistema.

Tu interés, tu orgullo, tu modalidad afectiva, tu ideal, tu vocación, tus criterios morales, estéticos e intelectuales: he aquí los factores deformativos de tu perspectiva mental. Hoy de mañana, has negado un saludo. Esto puede ser nada o puede ser todo. Quizá motive una crítica «injusta» a una obra tuya. Puede erigir una calumnia. Encender un odio. Engendrar una traición... Todos no saben sonreír. Pero quizás todos sepan odiar.

Sebastián MOREY.

Azotaron mi frente los vientos del mar.
Llenaron mis ojos de polvo los vientos del campo.
Iluminó mi vida
la luz del mediodía,
y propició mis sueños
la media noche honda.
Dióme el odio su luz purpurada
y el amor su mirada piadosa...
Hubo gloria en la luz, en el sueño,
en el campo y el mar.
Excesivo perfume de flor
es el dolor
de vivir...
La muerte, levemente,
rozó la aureola de mi vida buena...
Pensé, ¡y estoy marcado para siempre.

JUAN MARIO MAGALLANES

(Véase No. anterior)

IV

CANCION DE LA SEMILLA

Yo soy Dios.
Yo soy el ritmo de Dios.
Yo soy la perfección de Dios.
Yo soy el pensamiento de Dios.

Dios llenó mi estuche
de sol y de tierra.

Soy todo lo que es,
soy todo lo que fué
soy todo lo que será.

Mi cofre es el árbol
que espera el principio de la primavera
para salir de mi sombra.

Yo guardo una gota de agua
y un rayo de sol
para desatar mis alas dormidas
y ponerme en puntitas de pie,
hasta sacar mis brazos
fuera de la tierra.

Mi camino es la luz
y en ella hago mi fruta buena y amorosa.

Tengo un tesoro que nadie lo ve.
Escondido en mi dedal de oro
unas raíces muy hondas,
un tronco muy ancho,
unas ramas locas y alegres,
unas frutas dulces y tiernas,
dos ramas juntas
donde los pájaros vendrán a vivir,
y una sombra fresca y olorosa
donde los niños se quedarán dormidos
cuando se cansen de jugar.

Yo tengo adentro de mi mano
la felicidad y la salud del hombre,
la belleza del mundo,
las flores que se dan los amantes,
la madera para los barcos
y las vigas
para las casas.

Yo tengo dentro de mi frente rubia
el secreto de Dios,
el misterio de la vida,
las armas para vencer la muerte,
y la virtud de volver a ser
y ser todas las veces que quiero.

V

CANCION DE LA NUBE

Estoy sobre el campo arado.
La tierra siente mi sombra
sobre su cuello
y me reconoce.

La acaricio como una mano.
Los surcos abren sus labios
y me llaman
esperando mi lluvia.

CARLOS SÁBAT ERCASTY

Mis primeras gotas no se ven
sobre la sed de la tierra.

La madre ansía henchir el pecho
y darle mi leche a las semillas.

Yo quiero irme toda a la tierra.
Yo me aprieto y me exprimo
hasta caer toda sobre el campo.
Cada gota mía
está abriendo una semilla
con su llave milagrosa.

Mientras cantan mis labios
desato el nudo de la fecundación.
La pequeña raíz me bebe
y me sube por el hilo de su primera rama.

Yo soy la humedad de la hoja
y la frescura de la sombra.
Yo levanto el azúcar de la tierra
y ensancho la cintura de las frutas.
Yo goteo de los racimos
y los pájaros me pican
en la sazón de las uvas.

El fuego del sol me levanta en el aire
y mi agua creadora
abrirá de nuevo con su llave azul
la grieta anhelante de las semillas.

La nube vuelve a la nube.
La planta vuelve a la planta.
El ritmo trae y lleva
todas las cosas buenas
que embellecen el mundo.

VI

CANCION DEL SOL

Oro con oro.
Vida con vida.
Mi luz tiembla en la semilla.

Amor con amor.
Deseo con deseo.
Mi luz tiembla en la semilla.

Labio con labio.
Brazo con brazo.
Mi luz tiembla en la semilla.

Ala con ala.
Vuelo con vuelo.
Mi luz tiembla en la semilla.

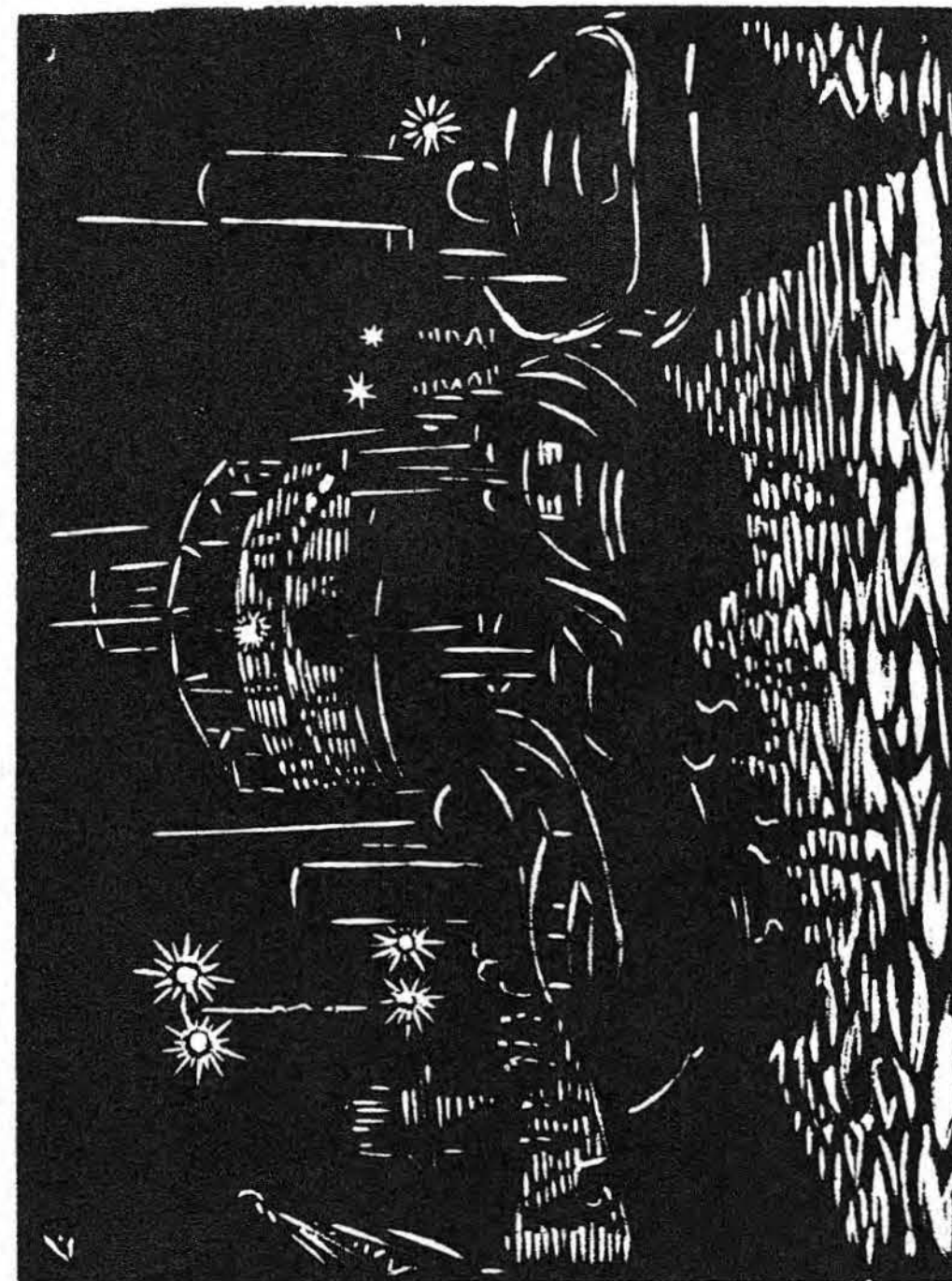
Sangre con sangre.
Fuego con fuego.
Mi luz tiembla en la semilla.

Deseo con deseo.
Fiebre con fiebre.
Mi luz tiembla en la semilla.

Pecho con pecho.
Sexo con sexo.
Mi luz tiembla en la semilla.

Misterio con misterio.
Dios con Dios.
¡Mi luz tiembla en la semilla!

EL MUELLE MACIEL DE NOCHE



Linoleum de F. Lanau

DE "EL MÉDANO FLORECIDO"

por R. FRANCISCO MAZZONI

«EL ARQUERO». — Ildefonso Pereda Valdés. — Quince capítulos ágiles, de fácil prosa destinados a comentarios de literatura contemporánea.

No estaría demás transcribir los títulos de los capítulos de este libro, títulos que de por sí despertarían el deseo de su lectura.

Pereda Valdés comienza con Ortega y Gasset apuntando los valores de su nueva obra «España invertebrada» en la que el ilustre pensador, «encara los viejos y nuevos problemas históricos, económicos y políticos de la Península, con la serenidad del filósofo, pero al mismo tiempo con la vivacidad inquietante del crítico.»

Julio Romain y el Unanimismo, Carlos Vildrac y Miguel Viladrich, son quizá los mejores comentarios y más interesantes de esta obra. Ellos nos hacen intuir algo de los arquetipos de las novísimas escuelas literarias aun desacreditadas en nuestro ambiente por una incredulidad provinciana. Con la biografía de Oscar Wilde, prólogo a la de André Gide, y el comentario sobre León Bloy, la lectura de este glosario, nos agita la sangre literaria y nos ilumina pequeñas cosas inadvertidas por nosotros en lecturas febriles y apasionadas.

Además, este último libro de Pereda Valdés, es el que nos lo ha mostrado — quizá a pesar suyo — acertando en el verdadero blanco de su vocación literaria.

Su prosa fácil, severa unas veces, saltimbanesca otras, nos ha convencido más, que los versos de «La casa iluminada» y de «La Colegiala».

J. V.

«EL MÉDANO FLORECIDO», por R. Francisco Mazzoni. — En esta su segunda obra publicada, el señor Mazzoni reafirma la interesante personalidad literaria que dió a conocer en «Los inválidos». Aborda ahora, con singular eficacia, el difícil género de la novela, que tan poco cultores tiene entre nosotros. «El médano florecido» es la historia de dos muchachas de pueblo que no pueden realizar el sueño que las atormenta por impedírselo lo pequeño del ambiente en que viven. Mueren o se hunden esperando el Amor que nunca llega hasta ellas como lo desearan. Es pues una historia vulgar, contada ya muchas veces, pero que en esta ocasión se impone exclusivamente por las virtudes del narrador, que ha sabido animar poco más de un ciento de páginas con trama tan endeble. La acción se desarrolla en Maldonado, en las dunas doradas de la costa que el autor describe insuperablemente, y frente al mar inmenso y rumoroso, siempre igual y siempre distinto. Junto a las dos jóvenes melancólicas y buenas que se marchitan huérfanas de Amor, la Naturaleza parece ser allí la protagonista, y ofrecer el reverso a la tristeza que embarga las vidas humanas, fantasmas borrosos e indecisos que pasan como sombras en un frío silencio. Mazzoni ha escrito un bello libro, un poco lento algunas veces, pero impregnado de una poesía melancólica que nos ha-

bla de lo que debe ser su temperamento fino y delicado más propenso a los divanes del ensueño que a las violentas emociones de la lucha. En todo es medido y sereno, tanto en la narración en sí como en el estilo, que es suave y terso siempre aunque la admiración lo embargue o lo sublime lo aliente. Hasta cierto punto todo ello está de acuerdo con lo que describe: vidas plácidas y simples o una naturaleza sin mayores complicaciones como los colores planos de un cuadro. Vida de pueblo en la que nada acaece fuera de lo habitual y tan sabido ya y que sólo en alguna ocasión excepcional rompe el alarido de la sirena de la isla de Lobos que llama en demanda de auxilio o que previene mal tiempo. Después todo cae en el sopor, en ese adormilamiento de las pequeñas agrupaciones humanas sedentarias sobre las que parece resbalar insensiblemente el tiempo...

A. L.

«EL DESIERTO», por Horacio Quiroga. — Este nuevo libro de nuestro eminente compatriota radicado desde hace varios años en la república Argentina, no se diferencia sustancialmente de los anteriores. Hay en él narraciones de la selva en las que hombres, animales o naturaleza son los protagonistas, y cuentos en que se hace análisis de casos morbosos de psicología que dan origen a tramas interesantes. Debemos confesar francamente que a nuestro juicio las últimas tienen menor encanto y mérito que las primeras, aunque en ellas esté evidenciada la gran maestría con que Quiroga salva los mayores obstáculos en el arte de escribir. Pero preferimos sus lindas historias del bosque o de las lejanas Misiones aplastadas bajo el gran sol tórrido e implacable, pobladas de misterios y de inesperados y en las que el hombre, huésped ingrato, debe luchar denodadamente contra todas las fuerzas que le son hostiles. Esa parte de la obra de Quiroga puede definirse como un canto al hombre indomable e indefenso que poco a poco conquista los más áspersos dominios y se impone a todo por la fuerza de su voluntad y de su propósito. Cuentos como «El Desierto» y «Un peón» quedan clasificados entre lo mejor que ha escrito Quiroga, como sus fábulas o apólogos del final del libro en los que a las excelencias de la historia y a las sobriedades, de un estilo ya definitivamente conseguido se añade el mérito del símbolo desarrollado. «El Desierto» es un libro interesante que ha de contribuir a asentar y a propagar el legítimo renombre que se ha conquistado el autor en estas latitudes.

«Conversaciones literarias», — por Federico Morador.

«Lo que dicen mis años». Versos, por Héctor Silva Uruga.

«Poemas otoñales». Versos, por Eduardo Gardolfo.

Entre dos médanos, dos medias esferas perfectas y altas tenía Lobo su rancho. Había plantado tamaris a su alrededor, para disimularse por entero. Hubiera querido vivir aislado de los hombres, olvidarlo, no recordar más aquel día en el cual el Juez de Paz en virtud de un derecho imposible de comprender (el cobro de una pequeña deuda, que las costas multiplicaron extraordinariamente), le había despojado de su herencia paterna.

Cuando se vió arrojado de su casa y contempló a lo lejos bajo la cortina de agua de aquel día lluvioso, las carretas que iban cargadas con los pocos enseres familiares, se sintió desesperado:

— ¡Conclúnganme! ¡Conclúnganme! — gritaba con un deseo de morir.

Quedó solo, comprendiendo la tragedia de su soledad en aquellos cargamentos que marchaban levantando al cielo, sin orden y por todos lados, patas de mesas y las viejas sillas de cuero crudo en las que se había deslizado su existencia.

Caminó largo rato tras la comitiva despojadora con su grito salvaje:

— ¡Conclúnganme! ¡Conclúnganme!

Al fin, uno de los procuradores se volvió fastidiado y señalándole el arenal salitroso que daba al mar le dijo irónicamente:

— Todavía te queda una fortuna, si la sabes aprovechar.

Y a aquel infeliz le pareció que, en realidad, aún le quedaba un tesoro con no ser arrojado del rincón que lo viera nacer.

Fue hasta su casa, que debía abandonar para siempre, y después de algunos viajes transportó al arenal los pocos enseres que le habían dejado como deshecho.

Era vigoroso y joven y en cualquier lugar del mundo hubiera hallado fácil la vida, pero en su ignorancia, no comprendía otra forma de existencia que aquella hasta entonces llevada. Podía morir abandonado en la soledad sin auxilio alguno, pero su constitución robusta le negaba diariamente ese fenómeno, y, en cambio, se sentía sin defensa, muerto, ante los hombres que saben unirse para despojar. Prefería la lucha con la naturaleza que le era menos ingrata.

A su frente tenía ahora sólo arena y agua salada; dos veces la esterilidad. Era preciso combatir con el médano. Terrible lucha. Nada hay comparable a este enemigo. Tiene todas las formas y no posee ninguna. Aparece sólido como una montaña y es solamente una nube posada. Brinda sus flancos al árbol y, de pronto, se estrema y lo ahoga dentro de él. Suavísimo y vago, nada hay que le resista y todo lo va arrasando suavemente, vagamente. La pampa de granito es menos trágica, porque fija en una forma, existe inmóvil; francamente estéril, acepta la lucha. El médano camina sin pies y vuela sin alas. Sonríe policromo en los crepúsculos, amigo blando que atrae y promete todos los frutos. Así muestra mejor su engaño borrando incesantemente bajo los soplos de la brisa la obra que invitara a construir.

Frente a él sólo una fuerza es más poderosa: la voluntad. Y a ella semejaba el pobre Lobo cuando hundidas las rodillas en las arenas veía todas sus plantaciones de podas desaparecer bajo la furia del médano disuelto. Delante del médano, sintiendo al enemigo que lo sofocaba, parecía otra potencia divina que no podía ser dominada. En el duelo de esa vaga arena con el hombre débil debía vencer aquel que tuviera un punto de apoyo. Y Lobo lo tenía en sus músculos y en su pobreza

mental que lo había hecho constante como un sabio inspirado. Durante cinco años, diez plantaciones fueron arrasadas y otras tantas veces volvió él a cubrir de pequeñas estacas el médano temible.

Cierta vez que el viento dormía, el enemigo tuvo que descansar. Bastó ese instante para ser vencido. Un día de primavera el médano apareció cubierto de ramillas verdes de los tamaris que se llenaron en seguida con los penachos lilas de sus racimos de flores. Todo el médano floreció en la victoria y quedó ligado para siempre por el encantamiento del árbol y de la fuerza de la voluntad.

El solitario Lobo empezó entonces a extender sus dominios y a invadir lentamente a los médanos, porque el falso enemigo vencido en una parte queda vencido del todo.

Con la barba hirsuta y los largos mechones de cabello que rara vez cortaba, únicamente lo hacía al trasladarse cerca del pueblo, al primer boliche por compras obligadas, iba y venía entre los árboles que parecían devolverle en fuerzas lo que él daba en cuidados.

Aquella tarde empezó a soplar un viento suave pero constante que inquietó a Lobo. El médano perdió de pronto el acostumbrado aspecto tranquilo e ideal. Arrastrándose sobre la playa empezaron a correr ligeras nubes de arena casi impalpable. El viento desecaba las lomas, que mojara pocas horas antes una fina llovizna, y, de cada una de ellas, brotaba, como soplos de un antro, una nube de humo. Toda la playa apareció de pronto cubierta por ese humo que se arastraba sin rumor deslizándose sutilísimo.

El viento arreció y las arenas perdieron su suavidad. De los flancos de los médanos y de las cumbres, nubes de agujas eran las arenas que venían a clavarse en las carnes de Lobo. No pudo ya avanzar y un vago temor le asaltó. La arena se movía a su lado, faltaba a los pies. Todo era inseguro e hiriente. El médano parecía estar en el aire, no sobre la tierra. Oscurecía al sol, llenaba los ojos, castigaba la piel. Donde se posaba el pie hundíase como si fuera a desaparecer. Era preferible para quien no conociera el médano, quedar inmóvil en medio de la tormenta y dar la espalda al viento, a avanzar un solo paso. El terrible tembladeral podía formarse allí con toda esa arena voladora que cegaba luego las lagunas. Y Lobo pensó, mientras se movía hacia atrás, preparando sus ropas para extenderlas y echarse sobre ellas sosteniéndose así si caía en un cangrejal, que solo él y ningún otro podía salvarse de la sorpresa de ese huracán. La maldita arena lo tragaría todo, sepultaba los montes e insumía las haciendas perdidas.

Fue en esa noche que Emerlinda, después de caminar galvanizada de dolor por las cuchillas, tomó inconscientemente el rumbo al mar. La atraía una extraña sugestión. No sabía si era afán de vida o de muerte el que la llevaba recta, decidida, hacia la costa. Tenía un deseo único: huir de todo aquello que le recordara su vida misma, todo cuanto reflejara algo del pasado. Había en ella un poderoso instinto de vida, pero estaba exhausta como si sus nervios hubieran sido arrancados y parecía que sólo conservara una envoltura humana impalpable e ideal, disuelta la forma. Durante la noche vagó en la oscuridad sintiendo que el viento empezaba a arrebatarse de su camino. De pronto mil agujas invisibles se hundieron en su cara. Quiso volverse, pero, sin saber cómo, aquellos mismos aceros invisibles continuaron clavándose

en sus carnes. Cerró los ojos, apretó los labios y sintió a pesar de todo que la arena crujía entre sus dientes. Debía de estar en pleno médano envuelta en un torbellino de sílice. Creyóse perdida y, como un último recurso salvador, tuvo el recuerdo de las narraciones de su padre. Entonces levantó sobre su cabeza los vestidos y dejó que la arena la insumiera.

En medio de los torbellinos que la rodeaban y

antes de perder la noción de su existencia, alcanzó a sentir a su lado como el aletear de un ave. Quiso palpar si era su paloma, pero el viento la arrebató de su lado antes de que la alcanzara. Luego no experimentó Ermelinda más que una débil presión en sus rodillas. Subió la arena como un brazo delicado hasta su cintura, le dobló la espalda y la inmovilizó para siempre bajo una suave, inevitable presión.

AGAPE A PEREDA VALDÉS

Noches pasadas unos cuantos compañeros de Ildefonso Pereda Valdés lo rodeamos frente a una mesa bien servida, para homenajearlo por la aparición de su bello libro «El Arquero» recientemente aparecido y del cual damos nuestra impresión en la sección correspondiente. Pequeña fiesta amable sin mayores pretensiones pero por eso mismo más cálida y más amistosa, sirvió para probar al poeta amigo que ha sabido conquistarse el aprecio intelectual y la simpatía de un grupo de artistas que se sienten solidarios con él en la obra emprendi-

da. Estaban presentes algunos representantes de la agrupación «Teseo» y varios redactores de nuestra revista, pasándose varias horas íntimas inolvidables. Asistieron los señores Eduardo Dieste, Fernán Silva Valdes, Bernabé Michelena, Federico Lanau, Alberto Lasplacas, Héctor Fernández y González, Nicolás Fusco Sansone, Mario E. Crespi, Justino Zavala Muniz, R. Zavala Muniz, Enrique Casaravilla Lemos, Ismael Cortinas, José M. Martínez, Juan Mario Magallanes, R. Percivale Genta, José Mora Guarnido, Julio Verdie y otros cuyos nombres lamentamos no recordar.

REVISTAS RECIBIDAS

«BOLETIN DE TESEO». — Hemos recibido el último número del Boletín de la Agrupación de Artistas Uruguayos, «Teseo», que dirige el conocido y prestigioso intelectual señor Eduardo Dieste.

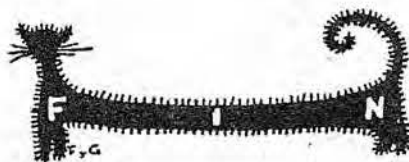
Llenando perfectamente su finalidad, la de la publicación del trabajo largo, del ensayo literario, filosófico, político, poético, etc., que no tiene cabida, desgraciadamente en ninguna parte, en nuestro país, «Teseo» se destaca como una revista de vivísimo interés y digna de toda clase de estímulos. Contiene el número que comentamos, entre otras cosas, un brillante estudio sobre arte pictórico del señor Eduardo Dieste; un artículo de carácter filosófico del señor Mones; el discurso pronunciado con el éxito conocido por el escritor Justino Zavala Muniz en la Asamblea Representativa con motivo de la discusión del Proyecto de ley de Fomento Artístico; un artículo sobre la Emigración y otro sobre el desgraciado monumento a Zabala, de José Mora Guarnido; un hermoso poema «La Granada», de Emilio Oribe; poesías de María Eugenia Vaz Ferreira y de Juan Parra del Riego; otros varios e interesantes poemas de Larriera Varela, Crespi, Zarrilli, etc., y un interesante grabado de F. Lanau.

«VALORACIONES». — Hemos recibido el N.º 3 de esta revista magnífica en todos los sentidos,

que edita en La Plata el grupo «Renovación»; cuyo director es el Sr. Carlos Américo Amaya y en la que colaboran lo mejor de la intelectualidad argentina, americana y europea. Bastará que ofrezcamos a nuestros lectores el sumario de este número para que puedan darse cuenta de la importancia extraordinaria de esta publicación que además de su material inmejorable es de las mejor presentadas que hemos visto:

Alejandro Korn: Esquema Gneseológico. — Gregorio Bergmann: La quimera intelectualista. — Carlos Astrada: El nuevo esteticismo. — Carlos Sánchez Viamonte: Opinión pública y voluntad social. — Benjamin Taborga: Filosofía del dilettantismo. — Arturo Marasso: Píndaro en la literatura castellana. — Daniel Cossio Villegas: La pintura en Méjico (con cuatro láminas). — Eduardo Ripa: El secreto idealismo. — Romain Rolland: Mahatma Gandhi. — Bibliografía: «Don Juan de Azorín», por R. Z. — «El hogar en el campo», de Fernández Moreno, por Eduardo Ripa. — Comentarios. Noticias, etc.

«Pegaso», «Natura», «Vida femenina», «El Terriño», «Progresos Odontológicos», «Ahora», «Higiene Popular», «Educación», de Montevideo. — «Atlántida», «Nosotros», «Inicial», de Buenos Aires. — «Nuestros hijos», de Las Piedras.



ALVAREZ & MOLINARI

JUAN CARLOS GÓMEZ, 1439

SASTRERIA

LOS MEJORES TRAJES Y
SOBRETODOS DE MEDIDA

HOTEL Y RESTAURANT
«ITALO - BALEAR»

■ ■
¡¡ CANELONI A
LA ROSSINI !!

■ ■
771-SORIANO-773

« LA PARRA »

ANEXO AL «ITALO - BALEAR»

ESPECIALIDAD EN PASTAS

BUENOS AIRES, 740

DE LA PLANTACION AL COMPRADOR

UNA sola marca es muy ventajosa para Vd., cuando adquiera productos de goma. Esa marca es la «U. S.»

Esta empresa es la más grande en su género, cuenta con 60.000 obreros y posee 47 fábricas que se encargan por separado, de la fabricación de sus artículos de goma.

De sus plantaciones se extrae la goma de los árboles, la que es transportada directamente a sus fábricas para la manufactura de cada artículo.

Cuenta con un personal competente que cuida de su distribución y venta.

Como podrá apreciarse esta unificación reporta una verdadera economía para el comprador.

Una garantía de la buena calidad de los artículos «U. S.»: La «United States Rubber Company» no sería hoy la organización más grande, si sus artículos no fueran buenos.

Exija la marca «U. S.» para adquirir artículos de goma, en todas las buenas casas del ramo. Si su proveedor no la tuviera, dirijase a nosotros.

MCA.



REG.

United States Rubber Export Co., Ltd.

25 DE MAYO ESQ. JUNCAL - MONTEVIDEO

LA CRUZ DEL SUR

DIRECTOR: ALBERTO LASPLACES

□ □ □

SUSCRIPCIÓN

Trimestre	\$	1.00
-----------	----	------

Semestre 2.00


Año > 4.00

Número suelto > 0.20

APARECE LOS 15 Y 30 DE CADA MES

圖 8-2-1

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CALLE PAYSANDU, 760

:: TALLERES GRAFICOS ::
 FLORENSA & ALTUNA


CALLE PAYSANDÚ, 760 :-: MONTEVIDEO

EL FUROR DE LOS PIBES KANDY-POP

El Chupete Mágico

CARAMELO AMERICANO CON PALITO

!!! MUY INTERESANTE !!!
Exclusivamente se emplea
Azúcar Americana

0.02 cada uno

PARA CHUPAR TODO EL DÍA

!!! LA MEJOR GARANTIA !!!
Fabricados por la casa
de los *Pescos*

COLONIA 884
MONTEVIDEO

FORMA, ELABORACIÓN Y MÁQUINAS "PATENTADAS"

En Venta en todas las Confiterías y Almacenes

PARA NIÑOS Y NIÑAS de 2 a 80 años
¡¡¡¡ALERTA=PIBES!!!!

Ahora los ricos caramelos *Besos* se vende en bolsitas de CINCO cents conteniendo $\frac{1}{2}$ una 8 caramelos
MADRES ATENCIÓN !!!

MADRES ATENCIÓN !!!

vigilar las golosinas que comen vuestros hijos

ES UN DEBER

los caramelos Pesos son fabricados con esmerada higiene, con maquina patentada y sin contacto con las manos.

A BASE DE LECHE, CREMA, MANTEQUILLA Y AZUCAR AMERICANA



EN LAS MAS
IMPORTANTES CAPI-
TALES DEL MUNDO, EXIS-
TEN SOCORSALES DE NUESTRA
CASA QUE, POR TAL
MOTIVO REALIZA LA MAS
COLOSAL EMPRESA DE DIVU-
SION INTELECTUAL DE
NUESTROS TIEMPOS

PALACIO
DEL
LIBRO

25 de Mayo 577